

EL CESAR Y LA IGLESIA

por MIGUEL SELGA J. T. 17 Diciem

Desairados unos, enfurecidos otros, desorientados todos, los siglos llegaron alternativamente a la puerta del Vaticano golpeando en ella con el asta de la lanza, el cilindro del fusil, la boca del cañón.

La Iglesia abrió, apareció bajo la forma débil de un anciano septuagenario y siempre preguntó:

—Qué quereis?

—El cambio: el modernismo.

—Yo no cambio.

—Pero todo ha cambiado en el mundo. La Astronomía ha cambiado y el Almagesto de Ptolomeo ha desaparecido: la Química

ha cambiado y sus átomos han dejado de ser la última expresión de la divisibilidad: la Física ha cambiado y sus leyes controlan todas las manifestaciones de luz, sonido, electricidad y magnetismo: la Filosofía ha cambiado y ha asumido las más vistosas variedades de agnosticismo, racionalismo, naturalismo, transformismo y panteísmo. Porque sólo Vos habreis de ser la misma? Porque no cambiar Vos vuestros dogmas sujetándolos a la vida moderna?

—Porque mis dogmas vienen de Dios y Dios es siempre el mismo. Mis dogmas son las enseñanzas

de para ser el Maestro infalible de todos los hombres. Jesucristo es el faro que nunca cambia y es la luz verdadera que ilumina todos los hombres, no en uno, sino en todos los hombres. Todos los vientos de herejías que han azotado en veinte siglos la doctrina de Jesucristo, enseñada por la Iglesia han pasado sobre ella sin producir la menor erosión. Sigue siendo la piedra talada y pulida de brillantísimas facetas, ornamento del pensamiento humano, traída del cielo a la tierra como reflejo del mismo pensamiento de Dios. Los nombres de los heresiarcas que la han atacado han quedado en la historia como mojones trágicos de las intervenciones divinas en la custodia de la verdad.

—Sabe que yo soy el amo: tengo millones de hombres sobre las armas: la espada que deshace tronos y derriba coronas podrá muy bien cortar la cabeza de un anciano y desgarrar las hojas del libro de los Evangelios.

—No tengo soldados, ni acorazados, ni cañones, ni torpedos, ni explosivos aéreos: mi poder estriba en Aquel de quien se dijo con voz solemne a los cuarenta días de nacido: el que ha caído sobre El se ha hecho pedazos: sobre quien ha caído El ha quedado hecho añicos.

—Entrad en razón, anciano: os entrego la mitad de mi púrpura a condición que Vos suprimais la mitad de vuestros dogmas.

—Guarda tu púrpura, Cesar: con ella envolverán mañana tu cadáver y yo cantaré sobre tí el Alleluia y el De Profundis que nunca cambian. En veinte siglos se han hundido mil tronos, han desaparecido mil gobiernos, han caído mil poderes: la Iglesia inmutable, como sin divino Autor, los ha visto pasar y sepultarse en ese mar del tiempo que ella domina con su eternidad.